

Recuerdo actual de un pequeño libro

EN julio de 1548, a instancias de Francisco de Borja, duque de Gandía, el Papa Pablo III aprobaba el libro de los Ejercicios Espirituales, escrito por Ignacio de Loyola, y autorizaba su publicación. Se cumplen ahora los 450 años de esa bula pontificia. La amplia difusión, a lo largo de la historia y a la ancho de la Iglesia, del libro y el método nos sugieren unas reflexiones.

Sobre el autor Ignacio de Loyola pesa la hipoteca de no pocos tópicos que lo ensalzan a las glorias arreboladas del barroco o lo denigran hasta hacer de él un tipo adusto, calculador, insensible, frío, sin afecto humano alguno en su alma. Sus enemigos más encarnizados, ya en los comienzos de la vida apostólica de Ignacio, propalaban que era un fugitivo de la Inquisición y un alumbrado. Le echaban en cara que, como hombre rudo que no sabía latín, había tenido que escribir los Ejercicios Espirituales en lengua romance. Un afamado profesor de la Universidad de Salamanca escribía en carta privada que la aparición de la Compañía, ya aprobada por el Papa, era señal poco menos que evidente de la llegada del Anticristo. Esta actitud, virulentamente condenatoria, se mantiene con diversa intensidad al paso del tiempo. Algún autor ha escrito que la misión de Ignacio fue la de suicidar la libertad.

Todo autor, como cada persona, es hasta cierta medida hijo de su tiempo. Y el tiempo de Ignacio es una época de cambio. El Renacimiento no es sólo un cambio cultural sino una mutación social. Frente a la pobreza y renuncia, imposición obligada de siglos anteriores, va surgiendo una nueva sociedad acomodada. Ese espíritu renacentista no se quedará ensimismado en la contemplación estética.

Empuja al hombre a la creación y suscita un afán de riesgo y de conquista, de espíritu de empresa. Sabe calcular y organizar. Entre la nobleza y la plebe se afirma con fuerza una burguesía renacentista, emprendedora y culta.

Ignacio, un hombre que cambia

EN ese clima de cambio también Ignacio de Loyola ha hecho su andadura y su cambio. Es el hijo menor de una familia muy numerosa. En esa época y en ese tipo de familias, si se exceptúa al primogénito, los restantes hermanos tienen que abrise camino por sus medios e influencias. A los 15 años y con una historia de adolescente y joven más que travieso, marcha Íñigo de Loyola a la corte de Castilla como paje del Contador Mayor del Reino. De allí, a la muerte del Contador, pasará al servicio del Duque de Nájera. En 1521 es herido en Pamplona y trasladado a su casa solar de Loyola. Y después de haber estado a dos pasos de la muerte, comienza una desconcertante convalecencia.

Hasta entonces había sido un **«hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra»** (Autobiografía, 1). De ser un caballero joven (30 años) culto y avezado a manejar las armas, con posibilidades y ambiciones, pasa a un mundo interior de ideales muy distintos. El cambio exterior de Ignacio, su manera de vestir, va expresando, aunque sea con desconcertantes balbuceos, un radical cambio interior. El mundo de Amadís y los caballeros andantes ha

quedado ya varado en la otra orilla. Y comienza una peregrinación exterior: Montserrat-Manresa-Roma-Venecia-Tierra Santa-Barcelona-Alcalá de Henares-Salamanca-París-Venecia-Roma. Allí vivirá desde 1537 hasta 1556, fecha en que muere, después de una época de actividad intensa en que ha recibido de Pablo III la aprobación de la Compañía y del libro de los Ejercicios, ha redactado las Constituciones de la nueva orden, ha escrito o firmado miles de cartas y orientado los primeros trabajos de la naciente Compañía.

El libro de los Ejercicios

PARA conocer lo que son los ejercicios hay que limpiar, como ocurre con los frescos, la pintura original de las capas que, al paso del tiempo, se han ido espesando y oscureciendo las vivas tonalidades originales. Hasta épocas recientes los Ejercicios han estado recubiertos por un ennegrecido tenebrismo manierista.

Estas adherencias nada tienen que ver con el sobrio libro de Ignacio. Los ejercicios no son una especie de seminario intensivo de teología ni una tanda de sermones para arrancar unos cuantos propósitos o resoluciones de enmienda. Son no tanto un contenido —que también lo tienen y de gran calidad— cuanto un método.

*Tienen los ejercicios una **finalidad**: el que hace los ejercicios, a través de las diversas fases del proceso, quiere llegar a una decisión y elección acerca de su propia vida personal. Los Ejercicios parten de la convicción de que existe un Dios, personal y libre. Y que hay una llamada intransferible al hombre concreto, absolutamente irrepetible. No existe un modelo pre-fabricado de ser hombre o ser cristiano, basado en la aplicación despersonalizante de unas normas generales y abstractas.*

El contenido concreto de la decisión no está prefijado de antemano. Es asunto indelegable de cada uno descubrir y decidir su propia manera de estar en el mundo, y los

criterios que deben decidir la elección de este o aquel camino. Los Ejercicios por tanto son «ejercicios de decisión ante Dios y hacia Dios o no son Ejercicios»
escribirá Rahner.

*Los Ejercicios tienen un **método**. Sería más exacto decir que los ejercicios son la descripción de un método que cada uno debe experimentar por sí mismo. Este método lo fue descubriendo personalmente el propio Ignacio a lo largo de dolorosos tanteos, desde la convalecencia en Loyola hasta la estancia en Manresa. Las lecturas espirituales, como la **Vita Christi** de Ludolfo el Cartujano, el **Flos Sanctorum** de Jacobo de Voragine, la confesión general en Montserrat y las largas horas de oración en las cuevas de Manresa constituyeron las primeras experiencias, recogidas como puñado de notas heterogéneas. La experiencia mística del Cardoner estructura esos materiales previos en un eje común y los organiza bajo la luz de Dios. Redacta así un primer esbozo del libro que reelaborará o bien al final de su estancia en París o tal vez al comienzo de su vida en Roma. Hay una serie de correcciones para que pudiese servir de manual a otros ejercitadores y se hacen algunos retoques finales para la presentación del libro a la aprobación del Papa Pablo III.*

*Este método Ignacio lo ha **experimentado en sí mismo**. De ser un discípulo «apenas desbastado y sin saber» —su compañero Laínez, sucesor en el gobierno de la Compañía, dirá que entonces Ignacio «casi no veía ni gota»—, las experiencias de Manresa lo transforman profundamente. Lo contará el propio Ignacio en su Autobiografía: «se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas... y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas».*

Este método será el elemento esencial en la formación espiritual de los primeros compañeros y en el nacimiento de la Compañía de Jesús. Ignacio lo ofrecerá además a cuantos deseen someterse a esta experiencia. Son por

tanto los Ejercicios una mistagogía personal, una introducción al propio conocimiento del hombre y un acercamiento al Misterio. Se nos ofrecen en ellos las indicaciones del viaje que hemos de hacer cada uno de nosotros. Ignacio ha entregado en ese pequeño libro, condensado, el recorrido de su propia vida con la esperanza de que pueda ayudar a otros. Los ejercicios desvelan el secreto de su personal experiencia.

Ese método se sustenta estructuralmente en unos pocos **elementos o pilares**: largos ratos de oración y reflexión personal y un clima de severo silencio para que los ruidos de fuera no impidan oír el paso silencioso en nuestro interior del Misterioso e Innombrable. Hay también diversas reglas, orientadas a la práctica, para que el que hace los ejercicios pueda distinguir con lucidez los muchos rodeos y extravíos a que está expuesto su recorrido. Ignacio hablará de «mociones» de «diversos spiritus», de «discernimiento».

Imágenes distorsionadas

COMO la figura de Ignacio, tampoco el libro ha permanecido al resguardo de los juicios drásticos en blanco y negro. Cuando Ignacio, hombre de Dios pero entonces modestísimo estudiante, después de su conversión en Loyola, estancia en Manresa, viaje a Tierra Santa y primeros estudios en Barcelona, comenzó a tener pláticas espirituales en Alcalá e intentó hacer lo mismo en Salamanca, fué tachado de iluminista e individualista. Se ha reprochado al libro de los Ejercicios un carácter excesivamente ascético y ha sido interpretado como una exposición doctrinal cuando en realidad únicamente pretende ser la sobria descripción de una técnica.

No se puede negar que, a lo largo de una historia de estos 450 años, el librito de los Ejercicios ha estado sometido a enfoques y tratamientos muy diversos. Recordar la historia nos haría atravesar toda una

galería de tipos pintorescos y a veces extravagantes. De unos años a esta parte se pretende una mayor revitalización del método ignaciano, liberándolo de adherencias y de sucedáneos y haciéndolo accesible a un mayor número de personas. En este proceso unos, para preservar en toda su original pureza el método ignaciano, subrayan, tal vez con una cierta unilateralidad, el rigor. Los «únicos» ejercicios verdaderamente ignacianos serían los de mes entero, practicados en silencio, con total aislamiento y siguiendo fielmente las indicaciones recogidas en el libro. Llamar «ejercicios espirituales ignacianos» a cualquier otra realidad cuyo contenido no se ajuste fielmente a esas características constituye un fraude.

Pero si con respecto a los «ejercicios» se puede pecar por carta de más, las manipulaciones más frecuentes pecan por carta de menos. No es que se pasen por rigor sino que no llegan a los mínimos exigibles. Cualquier tipo de retiro, más o menos leve, unas pocas conferencias con algunas reflexiones sobre el fin del hombre y algunas alusiones al libro de San Ignacio, unas consideraciones —más o menos tremendistas— sobre el pecado, un fin de semana en el rincón apacible de una casa religiosa del campo o de la playa, con alguna «meditación» o consideraciones piadosas ya les bastaría para poner la etiqueta de «hacer ejercicios según el método de San Ignacio». La manipulación en este caso ha incidido en una falsificación masiva y abaratadora del original.

Ha habido otras manipulaciones del método ignaciano, más traumatizantes. Algunos lectores las habrán conocido y aun quizá sufrido personalmente. Podrán recordar, sin demasiado esfuerzo, la pesadilla de unos «retiros» en casas de ejercicios en que se cerraban las ventanas, se encendía una vela y, en gesto teatral de dudoso gusto, hasta se colocaba una calavera en la mesa de pláticas para hablar de la muerte. Se agudizaba el complejo de pecador hasta extremos de neurosis de angustia. Eran riadas —así se describía en algunas meditaciones— las

«almas» que por torrentes se despeñaban hasta el infierno. Este peligro de la condenación eterna únicamente se podría conjurar con firmes propósitos y frecuentes confesiones pormenorizadas. El pecado, el infierno y el viacrucis eran los pilares importantes en que se sustentaba esa «experiencia» espiritual.

Y junto a ese «contenido» de verdades eternas, otro elemento ostensiblemente manipulado, si nos atenemos al texto ignaciano, era la figura del director. Venía a ser como una especie de «altavoz» de Dios. El ejercitante podía —¿debía?— limitarse tranquilamente a hacer lo que el director le mandara, aconsejara o permitiera. La libertad y responsabilidad del ejercitante de hecho no consistía en la elección del camino a seguir y los medios a emplear, sino en la fidelidad con que se ejecutaban los «doctos» consejos del director de ejercicios..

Volviendo a las fuentes

CELEBRAR un aniversario no puede reducirse a una evocación formal o una añoranza romántica. Es captar el contenido de un suceso y apostar porque ese pasado siga teniendo presente y futuro. Por ello conmemorar ese centenario exige rescatar elementos auténticos de la experiencia contenida en el libro de los Ejercicios. Al recordar hoy a Ignacio y sus Ejercicios no pretendemos —tampoco lo podríamos— ser neutrales.

Aspiramos, eso sí, a ser desapasionados.

1. Los verdaderos ejercicios ignacianos propiamente tales son los de mes. Son excepcionales, generalmente como preparación para una gran decisión. Constituyen «el modelo original» («enteros», «completos», «exactamente»...). El propio Ignacio y poco después las primeras Congregaciones Generales prohibieron cualquier modificación del texto (**«en el mismo libro no se debe añadir nada»**). Todos los demás son adaptaciones (ejercicios «leves», o también de primera semana) pero no

carecen de legitimidad. Aunque no deben ser confundidos con los primeros, también estos «leves» han ido surgiendo ya en vida de Ignacio y con su aprobación. La historia de los ejercicios nos muestra cómo los primeros compañeros, Fabro y Laínez, habían reunido grupos de colaboradores que «daban» ejercicios. Ciertamente es que estos ejercicios «leves» se inscriben en una dinámica espiritual orientada en principio hacia aquellos ejercicios «completos». Será la propia disponibilidad e idoneidad del ejercitante la que de hecho vaya señalando hasta dónde puede llegar.

2. El núcleo esencial de los Ejercicios está formado por unos elementos que conservan una actualizada vigencia: situado cada uno en su circunstancia histórica quiere vivir el Evangelio con el estilo de Jesús de Nazaret y en seguimiento personal. El Señor en cuyo servicio se enrola el ejercitante es un Cristo pobre y humilde, consagrado por completo a la predicación del Reino y al servicio de los necesitados. No existen con todo «modelos patentados» a aplicar en serie como si se tratase de una cadena de fabricación. Cada ejercitante es absolutamente irrepetible y debe encontrar en el seguimiento de Cristo y dentro de la Iglesia su propio camino.

3. Hacer ejercicios es «ejercitarse». No consiste en la recepción pasiva de unos contenidos (como quien asiste a un ciclo de conferencias), sino en la meditación activa o contemplación de la vida de Cristo para sacar consecuencias. El director en modo alguno se debe entender como el director de una orquesta que marca el ritmo al conjunto, subraya o reduce la actividad de los participantes y ha de ser seguido con toda fidelidad. Tiene un cometido mucho más modesto: ofrecer con sobriedad materiales para la experiencia y ayudar —sin interponerse— a que sea el propio ejercitante quien descubra sus caminos de futuro y los posibles desvíos en su recorrido.

4. Los contenidos «tremendistas» de Ejercicios fueron introduciéndose al poco tiempo de la muerte de San Ignacio. El auge de los colegios en la naciente Compañía fue absorbiendo la presencia y actividad de no pocos

jesuitas. Los «directores» de Ejercicios (Ignacio no empleaba esa palabra) fueron siendo más escasos. Además la teología de la época y el gusto por determinadas imágenes barrocas invadían las páginas originales del libro de Ejercicios, sustituyendo las escuetas indicaciones y sugerencias por un torbellino de consideraciones e imágenes. Y un cierto temor a la omnipresente Inquisición introducía en el proceso elementos no ignacianos pero sí «tranquilizantes» ante posibles denuncias.

Los Ejercicios son la atractiva «crónica de un viaje»: seguir las huellas de Jesús de Nazaret, quien con su vida y su muerte nos enseñó a ser insobornablemente humanos, es decir, hijos y hermanos. Y esto tanto en las horas solemnes como en los humildes minutos.

«Una tarde de Navidad, en Potsdam, abrí la Sagrada Biblia –la había comprado cuando chico en la traducción de Lutero– y tras leer unos capítulos eché a andar por una calle fría y oscura. ¡Y es que la vida da un vuelco ante las exigencias de la verdad! Este libro no puede leerse como tampoco pueden leerse los Ejercicios de San Ignacio. Sólo se puede hacer practicándolo. No es un libro, es una fuerza vital. Y es imposible entender una sola línea si no se tiene la intención de ponerla en la práctica». Si estas afirmaciones de Schneider son verdad, entonces el recuerdo del 450º aniversario de la aprobación de los Ejercicios no es la contemplación admirativa de un ejemplar valioso, como si de un incunable se tratara. Es mucho más: es aceptar la compañía de un estimulante y experimentado compañero de ruta.